

# Qué hacer cuando la iglesia peca

Coy Roper

*Dios mío [...] nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo. Desde los días de nuestros padres hasta este día hemos vivido en gran pecado... Pero ahora, ¿qué diremos, oh Dios nuestro, después de esto? Porque nosotros hemos dejado tus mandamientos (Esdras 9.6-10).*

**L**a «iglesia»<sup>1</sup> de Dios tenía un problema: ¡Su pueblo había pecado! Había entrado en alianzas matrimoniales mixtas con incrédulos, comenzando nuevamente a andar en el camino que podía llevar a la completa apostasía. ¿Qué había de hacerse para resolver el problema de Israel? En la respuesta pueden estar implícitas algunas sugerencias que ayudarán a los dirigentes de la iglesia de hoy día, a resolver problemas de la congregación. A partir de lo que relatan los capítulos 9 y 10, veremos que son necesarios dos pasos para resolver el problema del pecado en la iglesia.

## LA IGLESIA DEBE CONFESAR EL PECADO Y ARREPENTIRSE DE ÉL

Consideraremos primero la necesidad de confesión y de arrepentimiento, tal como se ilustra esta en el tiempo de Esdras, y después veremos la manera como se aplica a la iglesia.

### La situación de Israel

*Esdras se percató del pecado* cuando el pueblo le habló de él: «los príncipes vinieron a mí, diciendo: El pueblo de Israel y los sacerdotes y levitas no se han separado de los pueblos de las tierras [...] Porque han tomado de las hijas de ellos para sí y para sus hijos, y el linaje santo [la simiente] ha sido mezclado con los pueblos de las tierras...» (9.1-2).

<sup>1</sup> Se usa la palabra «iglesia» aquí, en referencia al pueblo de Dios antiguotestamentario, cuya relación con Dios era análoga en ese tiempo a la relación de la iglesia con Dios hoy día. El pueblo de Dios antiguotestamentario es referido a veces como «congregación» o «comunidad», palabras que son más o menos equivalentes al significado de la palabra griega que se traduce por «iglesia» en el Nuevo Testamento.

Entonces, hablando en nombre de la nación, *Esdras confesó el pecado*:

Quando oí esto, rasgué mi vestido y mi manto, y arranqué pelo de mi cabeza y de mi barba, y me senté angustiado en extremo. Y se me juntaron todos los que tenían las palabras del Dios de Israel, a causa de la prevaricación de los del cautiverio; mas yo estuve muy angustiado hasta la hora del sacrificio de la tarde. Y a la hora del sacrificio de la tarde me levanté de mi aflicción, y habiendo rasgado mi vestido y mi manto, me postré de rodillas, y extendí mis manos a Jehová mi Dios, y dije: Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti, porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo (9.3-6).

Esdras continuó su oración del mismo modo que la comenzó. Confesó que Israel había sido continuamente pecadora (9.7) y que, a pesar de su pecaminoso pasado, Dios había sido misericordioso para con ellos (9.8-9). Después confesó que habían mostrado falta de gratitud por la misericordia de Dios al desobedecer el claro mandamiento de Dios (9.10-13). Después, dijo que debían esperar que Dios se airara contra ellos «hasta [consumirlos] sin que quedara remanente ni quien escape» (9.14). Concluyó, diciendo: «Oh Jehová Dios de Israel, tú eres justo, puesto que hemos quedado un remanente que ha escapado, como en este día. Henos aquí delante de ti en nuestros delitos; porque no es posible estar en tu presencia a causa de esto» (9.15).

La oración anterior es ejemplar por varias razones:

1) Esdras reconoció la pecaminosidad del pueblo, y contrastó las continuas transgresiones

de ellos con la misericordia y la gracia de Dios.

2) No dio excusas. No dijo: «Hemos pecado, y lo lamentamos, pero tenemos una buena razón (o excusa) para nuestro comportamiento».

3) En vista de que Esdras era un dirigente, su oración fue ejemplar, porque él se vinculó con el pueblo. No dijo: «Oh Jehová, el pueblo ha pecado, pero yo no tuve nada que ver; castígalos a ellos, y no a mí». Podemos estar seguros de que Esdras mismo no figuraba entre los que se habían casado con personas incrédulas; sin embargo, el confesó usando la primera persona: «*nuestras* iniquidades se han multiplicado sobre *nuestra* cabeza [...] *hemos* vivido en gran pecado [...] *nosotros* *hemos* dejado tus mandamientos [...] a causa de *nuestras* malas obras, y a causa de *nuestro* gran pecado [...] *nuestros* delitos». ¿Por qué? Él formaba parte de la comunidad, la congregación, y cuando esta pecó, sintió que él mismo era parte de la situación; no podía desligarse de sus hermanos. Para Esdras, no se trataba del «pecado de ellos», ni de «la culpa de ellos», sino de «nuestro pecado», y de «nuestra culpa».

La actitud justa de Esdras fue contagiosa; hizo que de parte del pueblo se generara un pensamiento parecido. Debido a esto, *el pueblo se arrepintió del pecado y lo confesó*. Esdras 10.1 dice: «Mientras oraba Esdras y hacía confesión, llorando y postrándose delante de la casa de Dios, se juntó a él una muy grande multitud de Israel, hombres, mujeres y niños; y lloraba el pueblo amargamente» (9.1). Así, las acciones de Esdras hicieron que el pueblo reconociera su comportamiento pecaminoso, y que después, llenos de piadoso pesar, se apartaran de su pecado.

### **Nuestra situación**

Cuando la iglesia peca, para que pueda hacerse algo con el fin de corregir la situación, sus miembros deben obviamente percatarse de su pecado. Solo entonces estarán dispuestos a arrepentirse de ese pecado y a confesarlo. El gran desafío que enfrentan los dirigentes de la iglesia, es cómo hacer que la iglesia reconozca el pecado, y luego hacer que los miembros se arrepientan y confiesen.

Hay varias opciones disponibles. La que más a menudo usamos consiste en predicar sobre el tema, censurar a los pecadores, llamar al arrepentimiento y después quedarnos satisfechos confiando en nosotros mismos como justos (con una actitud de superioridad moral), mientras esperamos a ver si se arrepienten.

Tal vez, en lugar de hacer lo anterior, deberíamos probar el método de Esdras. Podríamos

comenzar por vincularnos nosotros mismos con los pecadores, hablándoles, no en segunda persona, esto es, del «pecado y de la culpa de ustedes», sino en primera persona, esto es, del «pecado y de la culpa de nosotros». Tal vez podríamos centrarnos en lo que Dios ha hecho por nosotros, cuánto nos ha perdonado, y cuán indignos hemos sido siempre. Tal vez deberíamos mostrar un sincero remordimiento y pesar de que el pueblo de Dios se haya hundido tanto en el quebrantamiento de los claros mandamientos de Dios, a pesar del hecho de que Dios ha sido tan bueno con nosotros. Entonces podremos confesar «nuestros» pecados, los pecados de la iglesia, con tal seriedad y sinceridad, que en ese momento, y solo en ese momento, despertemos un arrepentimiento parecido en el resto de la congregación. Este enfoque podría funcionar; ciertamente, vale la pena probarlo.

### **LA IGLESIA DEBE DAR PASOS PARA ELIMINAR EL PECADO**

Para ser perdonado, el cristiano que haya pecado debe estar dispuesto a arrepentirse de su pecado y confesarlo. (Vea Hechos 8.22; Santiago 5.16; 1<sup>era</sup> Juan 1.9.) Si una congregación ha pecado, debe asimismo arrepentirse de su pecado y confesarlo. No obstante, puede que esto no sea todo lo que haya que hacer. El pueblo de los días de Esdras, después de expresar su pesar por sus pecados, todavía tenía que hacer algo más: tenía que tomar medidas para corregir la situación.

### **La situación de Israel**

La solución del problema no fue propuesta por Esdras, sino por otro de los dirigentes judíos: Secanías. Este propuso lo siguiente: «hagamos pacto con nuestro Dios, que despediremos a todas las mujeres y los nacidos de ellas, según el consejo de mi señor y de los que temen el mandamiento de nuestro Dios; y [que se hará] conforme a la ley» (10.3).

Después instó a Esdras a levantarse y a tomar la iniciativa en este asunto (10.4). Aparentemente, vio a Esdras tan abrumado por la culpa y la vergüenza, que le preocupó que no estuviera en capacidad de asumir la tarea. Con el ánimo que le dio Secanías, Esdras se levantó y comenzó a trabajar haciendo jurar a los dirigentes del pueblo que se aseguraran de que esta solución se pusiera en práctica (10.5).

Los dirigentes llamaron a su vez a todos a reunirse en Jerusalén dentro de tres días (10.7, 8). Cuando todos estuvieron reunidos, Esdras les mandó apartarse de las mujeres incrédulas (10.9-

11). Ellos respondieron positivamente, diciendo que así harían, pero pidieron que se les diera tiempo para realizar la obra (10.12–14). Este tiempo se pidió en parte porque era la estación lluviosa, y no tenía sentido que el pueblo estuviera en pie, bajo la lluvia, mientras se llevaba a cabo el proceso de investigación y separación.

El texto menciona después a cuatro hombres que se opusieron al plan (10.15), como para indicar que todos tuvieron la oportunidad de estar de acuerdo o en desacuerdo. El registro de cuatro votos «en contra» indica que todos los demás votaron «a favor», y que lo hicieron de su propia voluntad.

La obra tomó cerca de dos meses para concluirse (10.16–17). En 10.18–44, hallamos una lista de los nombres de los que despidieron a sus mujeres. ¿Cómo deberíamos ver a estos hombres que se mencionan en la lista? ¿Han de ser considerados como grandes pecadores porque desobedecieron a Dios? ¡Reconozcámoslos más bien como ejemplos de arrepentimiento! Ellos demostraron el significado del verdadero arrepentimiento. Puede haber habido otros que debieron despedir a sus mujeres, pero rehusaron hacerlo. Estos hombres hicieron lo que se les pidió, porque eran receptivos a los mandamientos de Dios. Reconocieron su pecado, se llenaron de pesar por él, lo confesaron, y después hicieron lo necesario para corregir la situación, a pesar de que esta corrección exigía ciertos cambios drásticos en su vida.

### **Nuestra situación**

Es posible que en la iglesia hoy día, tengamos que tomar medidas algo drásticas, ya sea como individuos, o como colectividad, para corregir alguna situación pecaminosa.

*Como iglesia.* Podemos aplicar esta ilustración a la vida de nuestra congregación. Piense en las palabras que Jesús envió a las siete iglesias de Asia, palabras que se recogen en Apocalipsis 2 y 3. Son cuatro veces que les dice: «Arrepiéntete», a diferentes congregaciones (Apocalipsis 2.5; 2.16; 3.3; 3.19). Para que una iglesia se arrepienta, debe actuar como un solo cuerpo, arrepintiéndose de su pecado y confesándolo; no obstante, los miembros también deben dar pasos para rectificar lo que sea que esté mal.

Imagine, por ejemplo, que una iglesia se ha adherido a una falsa doctrina y la ha enseñado, pero que después se llega a convencer de que esas enseñanzas son erradas. ¿Qué debería hacer tal congregación? Los miembros de ella tendrían que confesar el hecho de que la iglesia estuvo enseñando

falsa doctrina. Después, deberían comenzar a enseñar la verdad. (Esta es la clase de cambio que supone el arrepentimiento.) Por último, deberían hacer todo lo que esté a su alcance para neutralizar los malos efectos de la antigua doctrina.

*Como individuos.* También podemos aplicar el ejemplo que se encuentra en Esdras 10 a nuestra vida en particular. A veces es difícil llegar a tener pesar por el pecado, y confesar este. No obstante, lo más probable es que sea aún más difícil dar los pasos necesarios para corregir las situaciones relacionadas con el pecado. Debió de haber sido difícil para los judíos del tiempo de Esdras despedir a sus mujeres e hijos. ¿Acaso no podría ser difícil también para un cristiano de hoy día hacer la voluntad del Señor? Si a usted le parece que despedir a la mujer es una medida drástica, recuerde las palabras que dijo Jesús:

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo (Lucas 14.26–27).

En los tiempos neotestamentarios, y en los dos o tres siglos que siguieron, los cristianos renunciaron a sus tierras, sus casas, sus familias, sus amigos, de hecho, a sus propias vidas, por la causa de Cristo. Lo que hicieron los judíos del tiempo de Esdras fue drástico; sin embargo, ¡Jesús nos pide que estemos dispuestos a hacer sacrificios aún más drásticos!

¿Qué debemos estar dispuestos a hacer por seguir a Cristo? Debemos estar dispuestos a hacer todo lo necesario, aun lo que parece tan doloroso como sacarnos el ojo o cortarnos la mano (Mateo 5.29–30).

*Como dirigentes.* También es posible aplicar el ejemplo de Esdras al papel de los dirigentes de la iglesia, que tienen la responsabilidad de resolver el problema del pecado dentro de la iglesia. Una lección que podemos aprender de este ejemplo es que, para que la congregación pueda actuar como una sola unidad, los dirigentes de la iglesia deben procurar que se desarrolle un consenso general. Entre más personas hagan partícipes los dirigentes, de la toma de decisiones relacionadas con la solución de un problema, más probable será que la congregación como un todo acepte esa solución, y participe en la puesta en práctica de ella.

También podemos aprender que los dirigentes de la iglesia no deben titubear en pedirles a los

miembros hacer elecciones difíciles, cuando estas sean necesarias para evitar caer en pecado, o para recibir el perdón de algún pecado que ya se esté cometiendo. La gente no se beneficia cuando se dan respuestas blandas a cuestiones de vida o muerte.

Al mismo tiempo, debemos aprender que los dirigentes deben ser pacientes con la gente y deben responder positivamente a peticiones razonables, del mismo modo que los dirigentes judíos respondieron afirmativamente a la petición razonable que hicieron los judíos, cuando pidieron que se les diera más tiempo para arreglar la situación en que se encontraban. Nada ganan los dirigentes de la iglesia hoy día, y es mucho lo que pueden perder, cuando dan la impresión de ser impacientes e irrazonables con las personas que están tratando de dirigir. Como dirigentes que somos, debemos recordar que Jesús amaba a los pecadores, y nosotros también debemos amarlos.

El libro de Esdras nos deja con sentimientos encontrados:

Por un lado, nos entristece saber que Judá, a pesar de las lecciones que la nación había aprendido por medio del exilio, todavía era capaz de pecar. Más triste es aún la idea de que, para corregir el pecado, estos dirigentes del pueblo de Dios tuvieron que ser humillados en público, y se les tuvo que pedir que despidieran a sus mujeres.

Por otro lado, nos alegra saber que el pueblo de Dios todavía era sensible a las exigencias de la Palabra de Dios. Todavía estaban dispuestos a tratar con el pecado de la congregación, a renunciar a este, con el fin de volver a estar bien ante los ojos de Dios.

Era de esperar que el pueblo de Israel por fin aprendiera su lección, que su apostasía quedara en el pasado y que la nación escogida de Dios viviera a partir de ese día únicamente para glorificar a Dios. No obstante, al leer Nehemías

nos enteramos de que la reforma de Esdras no tuvo un efecto duradero. Unos diez años después, Nehemías tuvo que hacer frente a los mismos problemas otra vez.

Nos preguntamos asombrados por qué, ¿por qué no pudo el pueblo de Dios vivir jamás del modo que Él les pedía que vivieran? ¿Por qué siempre se desviaron?

Puede que la respuesta a estas preguntas se encuentre cerca de nosotros. ¿Por qué perdemos nosotros en la iglesia una y otra vez el entusiasmo, y por qué caemos en la indolencia? ¿Por qué somos tan dados a la división? ¿Por qué parece que muy a menudo emergen nuevas falsas doctrinas, que ponen en peligro a la iglesia, y extravían a algunos? La respuesta debe de ser que el pueblo de Dios siempre está tambaleándose sobre el borde del precipicio de la apostasía.

### CONCLUSIÓN

¿Qué podemos hacer acerca de la tendencia a alejarnos de Dios? Ya alguien lo dijo: «El precio de la fidelidad es la eterna vigilancia». Tal vez el precio de la fidelidad sea la eterna vigilancia, esto es, reconocer el continuo peligro de la apostasía y estar preparados para intervenir cada vez que la iglesia peca. Puede ser que deberíamos aceptar el hecho de que lo que se necesita es una continua reforma dirigida por hombres como Esdras. ¡Que Dios nos dé tales hombres!

Más allá de esto, debemos llegar a estar conscientes del continuo peligro de recaer. Cada uno de nosotros debería ser más sensible al pecado en su propia vida. Debemos reconocer el pecado, arrepentirnos de él, confesarlo, ¡y hacer todo lo necesario para recibir el perdón! Si de algo podemos estar seguros es de esto: el pecado que no se reconozca, ya sea en la iglesia, en su vida o en la mía, y del cual no haya arrepentimiento, ni confesión, ni perdón, ¡ese pecado nos llevará a la destrucción eterna! ■